

CAPÍTULO I

Un mendigo, un mesón y una historia

Los pesados percherones tenían los ollares dilatados por el esfuerzo del galope. Obedientes a la orden del cochero, redujeron el paso al aproximarse al camino de Móstoles. Los pasajeros, asomados a las estrechas ventanas del carruaje, observaban la magnitud de la ciudad que se abría ante sus ojos desde que alcanzaran los altos del camino de Aravaca. A su izquierda, podían ver el río y el barranco sobre el que se alzaba la majestuosa silueta del Alcázar, la residencia del Rey. Al llegar a la encrucijada, el coche viró a la izquierda para tomar el camino que entraba en la ciudad. A partir de ese punto avanzó con paso más lento debido al tráfico de carruajes y gentes, que cargados con sacos, canastas y toda suerte de bultos cruzaban el puente de la Segoviana para entrar en la ciudad por la que llamaban la puerta de Segovia.

El bullicio de la capital del reino se sentía desde que atravesaron la puerta. Un tropel de niños descalzos y harapientos corrió tras el carruaje hasta que el cochero hizo detener los caballos en una plaza. Inmediatamente,

un puñado de personas rodearon el coche: eran mozos de equipaje, que por unas monedas acarreaban con los bultos de los pasajeros; mendigos, que se acercaban en espera de recibir una limosna; y ganapanes, que ofrecían a los recién llegados mesones y posadas para el descanso de los maltrechos huesos.

Del carruaje descendieron tres caballeros, uno de edad y dos jóvenes que por su atuendo se diría eran estudiantes. Viajaban sin equipaje, por lo que al momento de poner los pies en el suelo emprendieron la marcha con paso urgente sobre el empedrado. Llegados al centro de la plaza, el caballero de mayor edad se detuvo murmurando algo entre dientes y mirando hacia todos lados, después levantó la mirada al cielo, que ya mostraba los colores anaranjados del ocaso, como buscando ayuda del redentor para encontrar el camino correcto dentro de aquella urbe tan bulliciosa.

—No será esa la forma, mi señor, de encontrar el camino que buscáis, que hasta lo que es el día de hoy aún no he visto yo abrirse los cielos para oír la voz del Señor indicando caminos y señalando lugares. Tal parece que el Altísimo solo se muestra a santos, santas y beatos, porque lo que es con pobres mortales como nosotros poco ha de prodigarse.

Sorprendidos por las palabras que acababan de oír, los tres viajeros volvieron a la vez la cabeza. Sus ojos se toparon con un viejo que, apoyado en un bastón, les

miraba regalándoles una gran sonrisa. Un gran chambergo raído le cubría la cabeza. Avanzó unos pasos hacia ellos doblado sobre el bastón y arrastrando la pierna derecha, con paso tan falso, que amenazaba con dar con los huesos en el suelo. Los harapos que le cubrían eran de un color desconocido, negros en los bajos de arrastrarlos por el suelo; la mano huesuda, que asomaba por la bocamanga, se fundía con los nudos del bastón de tal forma, que este parecía que fuese una extensión del propio brazo. Avanzando hacia ellos se quitó el sombrero y dobló el cuerpo, haciendo una perfecta reverencia. Al levantar la cabeza pudieron observar los viajeros que una nariz rota presidía un rostro estrecho y alargado donde el agujero amenazante de la boca lo dominaba todo, acompañado de unos cuantos dientes huérfanos de vecindad. Aun así, sus ojos brillaban con la chispa de la inteligencia y la experiencia de la vida.

—¡Apartaos a un lado si no queréis recibir un sopapo, mendigo! —exclamó uno de los estudiantes.

—Ningún mal he de haceros, señores, que mi única voluntad es la de ayudar a lo que parecen ser tres viajeros en un aprieto —respondió el viejo.

—Bien decís, buen hombre; disculpad a mi sobrino, cuya juventud no le hace más que pisotear la razón y la educación —dijo el hombre de más edad—. En efecto, no erráis al pensar que estamos en un apuro, si bien pensábamos llegar a una hora prudencial para tomar luego

el coche de Alcalá. Nuestro transporte se ha demorado debido a la crecida de un río que nos ha hecho desviarnos del camino, retrasando nuestra llegada a Madrid. Ahora nos vemos en la necesidad de pasar noche en una villa que no conocemos más que de oídas, y que nos tiene un poco asustados por la magnitud de las calles y el gentío que por aquí circula, que nosotros no estamos acostumbrados a estas demasías.

—Habéis ido a caer en buenas y honradas manos, señores, que no hay otro en todo Madrid que conozca la villa como yo; y presto os he de llevar a un mesón donde además de una buena cena, por ser gentes de bien y recomendados míos, os darán alojamiento por esta noche. Si bien no es un palacio, sí que es limpio y digno —les recomendó el viejo, adelantándose unos pasos e invitándoles a seguirle.

—Vamos pues, hijos míos, sigamos a este buen hombre, que dentro de un rato empezará a anochecer y supongo que será recomendable estar recogidos bajo techo.

Con paso lento, debido a la cojera que sufría el viejo, avanzaron hasta cruzar la plaza, se adentraron en una calle estrecha llena de gente que subía y bajaba, con niños correteando y vendedores ambulantes voceando las virtudes de su mercadería. Siguieron al viejo por un laberinto de callejuelas desconocidas, y aún tuvieron que apartarse al grito de «¡agua va!» con el que las mujeres

avisaban segundos antes de tirar por las ventanas el agua sucia de las bacinillas. Mientras, el viejo les iba relatando las calles por las que iban pasando.

—En llegando a esta plaza estaremos cerca del sitio adonde nos dirigimos. Esta es la conocida Puerta del Sol, centro de la villa y corte de Madrid y lugar donde se encuentran tanto ricos como pobres, damas de alta cuna y putas de baja estofa, hombres honrados, ladrones, tramposos, borrachos y serenos, guardias y gente de la corte; vivid y sentid, señores míos, el latir del corazón de Madrid.

Ciertamente se sentía el palpar de la ciudad, que acogía entre sus muros a todos los que hasta a ella se acercaran. Cruzaron la plaza esquivando carruajes y evitando el tropel de gentes que por allí andaban; el viejo, que caminaba delante de ellos, les iba apartando a cuantos malhechores se les acercaban por ver si, en un descuido, se les podían llevar la bolsa. A los ojos de los viajeros se abría un mundo distinto del que estaban acostumbrados. Bellas damas, engalanadas con ricos vestidos, paseaban sonriendo a los requiebros de los caballeros que hasta ellas se arrimaban; hombres que discutían o se saludaban con cortesía; niños descalzos que pedían limosna; abates, curas y próceres que conversaban con las manos en actitud piadosa, con un ojo mirando al cielo mientras con el otro no apartaban la mirada de las carnes de las mujeres, que desvergonzadas y lenguaraces

vendían sus encantos por unas monedas a los varones que pasaban a su lado.

Una vez que cruzaron la plaza subieron por una estrecha calle hasta que el viejo se detuvo a las puertas de un mesón. Apartándose a un lado, y doblando el cuerpo a modo de reverencia, les invitó a pasar. Un amplio portalón abierto y dos escalones daban paso a un salón grande lleno de toscas mesas de madera; allí sentados hablaban, reían y discutían hombres de todas las condiciones a la pobre luz de unas palmatorias. Entre ellos se movían ágilmente dos muchachas jóvenes que respondían a los requiebros de los allí presentes con una sonrisa, a la vez que esquivaban las manos que intentaban robarles una caricia.

Los tres caballeros se detuvieron en el centro del mesón; delante, el viejo invitaba a sus acompañantes a seguirle.

—Adelante, señores, tomen aposento en esta buena mesa. Nos hallamos en el *Mesón de La Herradura*; si bien durante muchos años no fue una casa muy decente, tengo yo a buen seguro que ahora lo es —dijo, mientras miraba a su alrededor buscando al mesonero—. No hagan ustedes cuentas de las gentes que por aquí moran y siéntanse seguros, que mientras se hallen en mi compañía, ninguno de estos rufianes se ha de meter con vuestras mercedes, pues aunque soy viejo y esta maldita pierna no me obedece, bajo mi amparo ninguno de estos

ha de aliviarles el sobaco, que os aseguro que perdería la mano y hasta la vida, lo juro por mis heridas que no son pocas.

Los tres caballeros, embozados con capas de buen paño, se acomodaron en las bancas alrededor de la mesa, y dejando caer el embozo se descubrieron ante los presentes. Si bien no pronunciaban palabra, no cesaban de mirar a su alrededor, entre sorprendidos y temerosos del lugar al que les había llevado el viejo; este, aún de pie, comenzó a vocear:

—¡Mesonero! Acude aquí de inmediato y agasaja a estos señores, que han viajado desde muy lejos y han de tener el gaznate tan seco como tu conciencia. Deja ya de regar el vino y de husmear entre las faldas de las mozas, que hasta aquí nos hemos llegado para probar esos manjares que escondes entre los pucheros.

—Viejo lenguaraz y mal nacido, que escupes entre los dientes embustes y maldiciones —bramó el mesonero desde el otro extremo del mesón—. ¿Bautizar yo el vino? Mentira, que jamás en esta casa ha querido la fortuna que nadie haya hecho queja de la bondad de los caldos que mis toneles guardan. Y no has de ser tú, viejo de lengua podrida, quien venga a desmerecer mi vino, si aún no sabes distinguir la sangre de Cristo de los meados de las andorras con las que te juntas.

Correteando entre las mesas, con pasos cortos, se acercó el mesonero sujetándose la enorme barriga

cubierta por un delantal, tan grasiento, que parecía de cuero más que de trapo.

—Deja ya de ladrar y trae tus quintales a nuestro lado, malagradecido, que si no es por mi consejo para que aflojaras la bolsa y te hicieras con *La Herradura* ahora andarías peor que yo. Que cuando llegaste a Madrid, si no te tomo bajo mi protección y cuidado habrías sido pasto de cicateros y escalacasas, te hubieras quedado sin bolsa y hubieses acabado bajo la bota del algún archimandrita de tahúres, y empleado en dar cañutos por los palomares de Lavapiés —gritó el viejo, soltando una carcajada y mostrando los cuatro dientes mal avenidos en el agujero de su boca.

Los tres señores miraban al viejo mientras hablaba, sorprendidos por las palabras que decía; les parecía un idioma desconocido. El viejo, al verles con cara de extrañeza, se percató de lo que les sucedía y se aprestó a decirles:

—Jerga, mis señores; esto es el galimatías que se habla en los bajos fondos de Madrid, donde siempre se andan buscando palabras nuevas para definir lo que ya tiene definición, pero que las gentes del pueblo llano gusta de hacer.

El mesonero se acercó hasta la mesa, mirando al viejo con cara de pocos amigos, al momento les regaló una sonrisa.

—Hay veces que dices verdades, viejo apestoso, y si no fuera por eso y por la gracia que te tengo, ya te habrías

muerto de hambre en cualquier rincón. Pero soy buen cristiano, y sé que es de bien nacido ser agradecido. Por mor de la verdad de no ser por ti, yo, mozo recién llegado de Consuegra con la bolsa llena de los dineros que mi pobre padre antes de morir me puso en la mano, no hubiera durado en estas calles endemoniadas ni lo que un maravedí en el suelo —le respondió el mesonero.

La algarabía del mesón, producida por el griterío de los mozos y de las rabizas que ocupaban las mesas, confundía a los recién llegados, que bien se veía que no estaban acostumbrados a esos escándalos ni a ese tipo de compañía.

El atardecer saludaba a la azulada oscuridad de la noche, atrayendo al interior del mesón a toda la fauna que habitaba el Madrid de aquella época, donde todo aquel que no tuviera una cierta posición o un oficio que le permitiera vivir con decencia deambulaba por las calles. Muchos eran los que hacían del embuste una doctrina y del robo una ciencia, siendo las tabernas, mesones y posadas de Madrid lugares de reunión donde se podía ver convivir a ladrones con gentes de bien, donde todo se compraba y todo se vendía, desde el amor hasta la muerte.

—Deja ya de ladrar, saco de grasa, y atiende a estos señores. A ver, cántanos por el gaznate las excelencias de esta tu casa, por si ha casualidad de algo que apetezca a los señores; si no, hemos de levantar el vuelo y aposentarnos en otro sitio.

—No ha menester que los señores cambien de lugar, en no tomando en cuenta las embusterías de este buscavidas y habiendo tomado asiento en esta su casa, les diré que aquí podrán gozar de los manjares que entre mi mujer y mis hijas preparan en la cocina. No en vano es de fama en Madrid el *Mesón de La Herradura*, y puedo estar orgulloso de contar entre mis parroquianos a gentes de alta alcurnia y noble nombre —dijo el orondo mesonero.

—Deja ya de florear y dinos, por los clavos de Cristo, lo que tienes para comer, que las tripas se nos quejan y los pocos dientes que en mi boca habitan me la van a abandonar por falta de costumbre y de trabajo. Lo mismo que estos señores, que estarán hambrientos después de tan largo viaje.

—Bien, caballeros, por entre las ascuas y los pucheros de la cocina tiene mi mujer unos capones cocidos en salsa de vino que seguro harán que vuestras mercedes se chupen los dedos; además de una olla podrida que si bien todos sabemos que es comida de pobres no por ello es menos sabrosa; cordero asado al estilo de Segovia; unos maravillosos duelos y quebrantos; y para los postres el delicioso chocolate que de seguro que a los jóvenes les llenará de dicha el paladar. Cuento en mis bodegas con los caldos más afamados de España: tintos de Valladolid, blancos de Cebreros, mistela de Valencia y vinos del Penedés. Pero sin duda lo que yo les recomendaría, si tienen a bien vuestras mercedes, es un buen tinto de mi